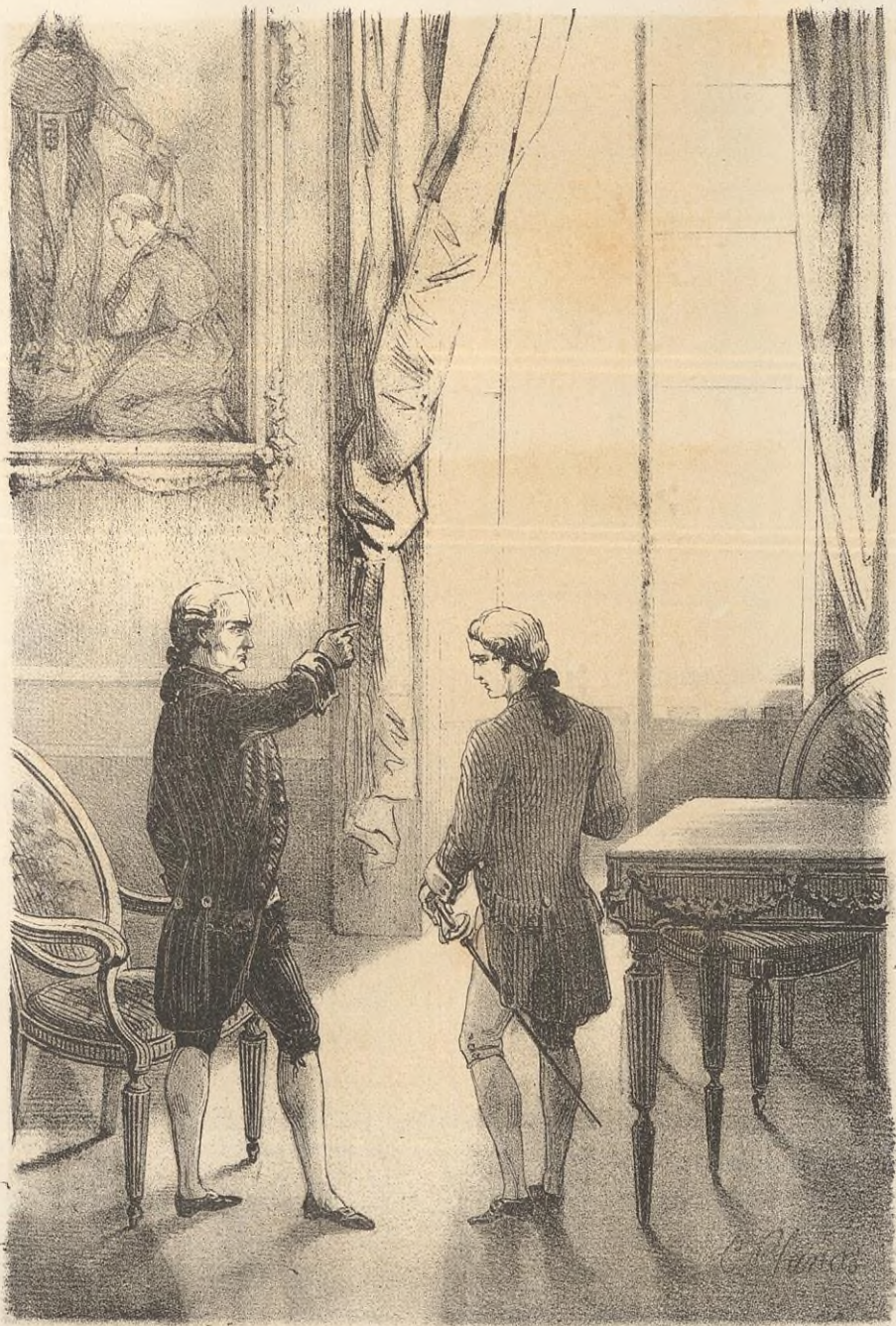




Entrega 5 y 6



Elejid: ó el Convento ó la Inquisicion.

26 Mayo 1856. A. G. J. n.º 21731



aromática malvasía, añadió dándoles un tierno beso: ved lo que os parece de esta *agua fontis*.

Pronto parte de su contenido pasó á las profundas concavidades del abdómen de aquellos esforzados adalides, y sus rostros y sus ojos fueron tomando gradualmente un tinte sumamente expresivo. Convencidos los tres de su *inteligencia*; animados por los vapores del licor y estrechados en fiel consorcio, hubieron de comunicarse mútua y recíprocamente sus mas recónditos pensamientos.

—Que bata en el yunque quien quiera, decia el antiguo herrero; que yo estoy por la vida contemplativa.

—Soy de vuestro parecer hermano; añadia el que fué labrador, que mas que regar la tierra con el sudor de mi rostro, prefero regarme el gaxnate con el zumo de las ubas.

Y el tercer lego, que comia, bebia y callaba, añadia por lo bajo sumido en delicioso éstasis.

—¡La vida contemplativa! Yo conozco á los hombres por su semblante, como el buen vino por su color, y estos conocimientos nadie me negará que son fruto de la contemplacion. Contemplemos pues, hermanos míos!

—Pero bebamos.

—Sí, sí, bebamos y contemplemos!.....

Las sombras de la noche no tardaron en confundirse con los nebulosos vapores que los líquidos espirituosos habian levantado en el cérebro de aquellos hombres. El sueño y la noche les robaron la luz. Fr. Anselmo, sin embargo, ya por ser el que menos habia abusado de la bebida, ya por gozar de una constitucion robusta, entreviendo el peligro que tanto él como sus compañeros corrian de entregarse sin vigilancia alguna á las delicias del sueño, trató de evitarlo y dando algunos traspièces salió al jardin y con el auxilio de la última luz del crepúsculo, hizo repetidas abluciones en el estanque que habia en él. La frialdad del agua avivó algun tanto sus potencias, desvaneció la turbacion de los sentidos, y á poco se halló ya en estado de poder reflexionar.

Cuando volvió á entrar en la celda comun, la mas profunda oscuridad reinaba en ella. La luz del hogar se habia estinguido enteramente; pardas sombras reinaban por do quiera y solo se oian los sordos ronquidos de sus compañeros. Encendió Fr. Anselmo un candil y contempló admirado, esparcidos por el suelo los restos del festin. Como arrepintiéndose de su licencia dijo para sí.

—Acabamos de consumir llevados por la gula, no solo lo que de derecho correspondia á la comunidad, sino tambien lo que algunos virtuosos frailes nos habian cedido quitándose de la boca para que lo distribuyésemos á los pobres. ¡Cuántos de estos infelices habrian hallado alivio en su miseria y enfermedades, si hubiesen podido participar en algo de nuestro banquete! Este licor que ha sumido en el sueño de la embriaguez á mis compañeros, tal vez hubiese devuelto las fuerzas á algun moribundo; esas aves cuyos miembros acabamos de devorar, habrian podido servir de saludable alimento á algunos enfermos que perecerán de miseria! Así como vamos incesantemente en busca del opulento para que nos regale, ¿porque en vez de procurar para nosotros ó esperar que llamen á nuestra puerta para distribuir lo que nos sobra, no habríamos nosotros de averiguar donde existe la necesidad y llamar á la puerta del desgraciado!..... Pero, añadió despues de un momento de pausa, la órden dispone otra cosa y un simple lego como soy yo, no debe meterse á reformista. Cuando los padres así lo han dispuesto, motivos poderosos habrán tenido para ello. No pequemos con el pensamiento, ya que hemos faltado dando pábulo á nuestras pasiones. Ahora lo que conviene es hacer desaparecer pronto los testimonios de nuestra falta, arrojando en lugar retirado los restos de nuestra cena; no fuese que el demonio se metiese por el ojo de la llave y nos sorprendiera en este estado.

La idea de la llave despertó en Fr. Anselmo otra idea que le hizo dirigir apresuradamente hácia una alacena donde tenia guardadas las llaves de la portería.

—Por vida mia, exclamó con viveza, que una falta lleva siem-

pre otra tras sí. Embebidos en nuestra tarea, se me había olvidado cerrar la puerta del convento y esto que ya habrá dado el toque de oracion. Enmendemos la falta mientras es tiempo.

Con las llaves en la mano iba á dirigirse á la puerta de la celda, cuando se oyó en la parte exterior de esta un rumor llamativo sumamente extraño.

Fr. Anselmo quedó petrificado é inmóvil como si un rayo hubiese caído á sus piés.

Repuesto sin embargo al punto de su sorpresa y apurado por la crítica situacion en que se hallaba, cruzaron por su mente mil ideas á cual mas atrevida y contradictoria. Negarse á toda respuesta era imposible. En aquella hora vespertina los legos no podian ni debian estar ausentes del convento; podia muy bien ser un religioso el que llamase para un asunto urgente é importante; el aviso podia venir del superior, y el silencio era todavía mas culpable que la vista de los objetos que habia esparramados acá y acullá sobre los muebles ó arrojados por el suelo. Pero por otra parte, era imposible apagar repentinamente los robustos ronquidos de sus compañeros, de quienes tambien en vano hubiese intentado sacudir el sueño.

En esto, volvió á sonar el ruido exterior y una voz parecida á un gruñido, se dejó oír muy distintamente.

En aquel instante solemne Fr. Anselmo apeló á una resolucion estrema, hija de las circunstancias apremiantes. Con la rapidez del pensamiento, escondió en la alacena los garrafones de malvasía y el jamon que no habia sido consumido; con los piés hizo correr hasta debajo de las sillas los restos inútiles del festin y cargando resueltamente sobre sus robustos hombros á Fr. Anton y su compañero, uno en pos del otro los condujo á su celda, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí. Rendido de fatiga y bañado en sudor, se dirigió entonces apresuradamente á la que daba entrada á su celda y procurando reponerse, dijo con voz tranquila.

—¿Quién?

.habilitiv

Aquella palabra hubo de avivar mas y mas la impaciencia del que deseaba entrar, porque los empujes que daba á la puerta fueron mas vivos y frecuentes.

Fray Anselmo que no temia ni debia temer los ladrones, porque sobre ser los conventos muy respetados por los malhechores, escaso botin podian prometerse en la celda de un lego mendicante, Fr. Anselmo, decimos, sin temor de esta clase, abrió la puerta, y en vez de una persona se encontró con un perro. Era *Quien*, el fiel compañero de Hierro.

El inteligente animal, sin hacerse de rogar, penetró al punto en la celda acariciando á su modo al que sin saberlo acababa de llamarle por su nombre, y el lego satisfecho á mas no poder de que fuese un irracional el que habia causado su sobresalto, sin rehuir sus caricias, dijo para sí:

—He aquí una visita inesperada, que lejos de descubrir las huellas de nuestra cena, ha de borrarlas sin temor de que se denuncie nuestro comportamiento. El oloreillo de las viandas le habrá atraído y nada mas natural que se empeñase en penetrar donde habia de satisfacer sus deseos. El animal es corpulento y en un santiamen barrerá el piso.

Pero con gran sorpresa del lego, vió éste que el perro en vez de dirigirse en busca de huesos mal mondados que en gran número habia esparcidos por el suelo, se quedó inmóvil mirándole fijamente.

—Parece que el animalito es corto de genio, repuso Fr. Anselmo sonriendo; no parece sino que, ó bien le impongo respeto ó espera se le conceda permiso para cumplir su propósito. En este caso justo es que correspondamos á su cortesía perruna y se lo demos tan cumplido cual lo pueda desear. He aquí un perro bien enseñado.

Y Fray Anselmo pasó cariñosamente la mano por el lomo de *Quien*, mostrándole con el índice donde debia dirigirse.

El perro no obstante, permaneció en la mas completa inmovilidad.

Cada vez mas admirado el lego, y no sabiendo como esplicarse aquella estraña conducta en un animal de su clase, fué en busca del velon para examinar de mas cerca y mas detenidamente á su raro visitante. Al volverse á acercarse á él, encontró al perro que con mucha formalidad estaba sentado sobre su cuarto trasero.

—¡Ola!, dijo el lego, parece que estamos de visita. Pero ¿qué significa eso?.... añadió observando una cajita que pendia del cuello del mastin. Aquí hay gato encerrado.... Este animal no lo ha guiado aquí el hambre segun se vé..... Este perro es un mensajero mudo. Será su dueño algun pobre vergonzante que.... en fin veamos.

Fr. Anselmo despues de volver á acariciar al perro procuró desprender de su collar la cajita que pendia de él. *Quien*, lejos de oponer la menor resistencia, pareció estar muy satisfecho de aquella accion.

Ya en mano del lego la misteriosa cajita, trató de abrirla y despues de haberle dado algunas vueltas, apretó un resorte abriéndose aquella por sí sola. En el fondo de la caja habia un papel cuidadosamente doblado. Abriólo tambien Fr. Anselmo y leyó las siguientes palabras. — «Si la revelacion de un gran secreto merece una buena recompensa, contestadme si estais dispuesto á darla á una persona que puede revelároslo, pero que por ahora quiere conservar el incógnito....»

Al llegar á esta palabra terminaba la primera carilla del escrito. El lego no dobló la página.

—Pues si precisamente yo me muero por los secretos, dijo á media voz y para sí Fr. Anselmo, aunque con risa burlona. He aquí la misiva de algun pobre diablo que sabrá en qué estacion del año se plantan las coles ó cuál es el soto mas poblado de perdices, cuando no sea algun taimado que nos quiera hacer una necia burla.... pero de seguro que el burlado será él. No importa; si así es, prosiguió el franciscano, que se cubra con la máscara del anónimo, que tambien nosotros poseemos secretos para descubrir á los malvados.

Esta idea le induciria sin duda á volver á mirar el escrito, y este exámen hizo que doblase la hoja. En el reverso, la misiva continuaba así..... «Se trata de revelar la culpable conducta del hijo de cierto conde muy conocido en esta ciudad; todo en bien de Dios y de la patria.»

La lectura de estas últimas palabras dejaron estático á Fr. Anselmo.

—Ya esto es otra cosa, dijo para sí. Tal vez quiera el demonio, que bien pudiera serlo este perro, cuya figura y conducta es muy singular, que yo descubra el hilo de una intriga en la que la bondad del padre guardian me ha iniciado, poniendo á prueba mi fidelidad y mis escasos conocimientos. Pero venga de Dios ó del diablo, y aquí el lego se santiguó mirando fijamente al perro del ciego, que á su vez lo observaba atentamente, brillando sus ojos como dos ascuas, yo no he de dejar perder la ocasión que se presenta, que una de las máximas que me han enseñado es que todos los medios son sanos para llegar á un buen fin. Hágase el milagro aunque lo haga el diablo.

Y dominado por estos pensamientos, el lego estuvo un buen rato indeciso sobre el partido que debía tomar, hasta que por fin acercándose pausadamente á la puerta de la celda de sus compañeros y asegurado de que ambos dormian todavía el sueño de la inocencia, dirigióse á una mesita donde tenia un mal tintero y tomando la pluma escribió apresuradamente:—«Revelad vuestro secreto y contad con la recompensa y el sigilo» —Pero no hubo de agradecerle sin duda aquella contestacion, porque apenas la hubo escrito, rasgó el papel en que la habia puesto. Fr. Anselmo en un asunto de tamaña importancia, no confiaba mucho en sus propias fuerzas, y como en negocios semejantes siempre habia tenido ó un director ó un consultor, entonces mas que nunca, sentia la necesidad de un apoyo firme y seguro.

—Dicen que una falta trae en pos de sí otra y otra, observó para sí, y si yo ahora con mi torpeza yerro el primer paso, no solo sentiré despues terrible é inútil remordimiento, sino que

además perderé el fruto y la gloria de haber obtenido un secreto que puede sernos de inmensa ventaja. Preciso es pues obrar con cautela. Consultémoslo con quien sabe mas que yo y de este modo mi conciencia estará tranquila.

Entonces el lego sin acordarse del perro, salió apresuradamente de la celda dirigiendo sus pasos hácia el claustro interior del convento. La mas profunda oscuridad y el mas completo silencio reinaban en él. Habia dado la hora de la queda y todos los religiosos, segun las prácticas de la órden, debian estar recogidos, entregados al descanso ó á la meditacion. Las órdenes para el exacto cumplimiento de aquella práctica eran severas y solo con motivo de un grave accidente ó urgentísima necesidad, se podia faltar á ellas. Sin embargo nuestro lego se atrevió á despreciar aquellas órdenes, y siempre con paso firme y resuelto, como el espíritu de las tinieblas, se dirigió al lugar donde su deseo le encaminaba. Era esta la celda de un padre presentado á cuya puerta llamó primero muy quedo y despues, visto el completo silencio que en ella reinaba y creyendo que ya dormia su morador, llamó mas fuerte. Inútil esfuerzo; nadie contestó; la celda estaba desierta. No sin gran sorpresa y no pudiéndose explicar la causa, Fr. Anselmo se encaminó á la celda de otro padre; pero su llamamiento le dió iguales resultados que en la anterior. Creciendo de punto su asombro, encaminóse á la del padre guardian y tambien reinaba en ella el mas completo silencio. El lego ya no quiso llevar mas allá sus pesquizas, ni tampoco levantar con su curiosidad el velo de aquel misterio; por el contrario, deslizándose cual fugitiva sombra al través de los dilatados corredores, volvia velozmente á su habitacion, cuando al pasar por un retirado pasillo del cuarto bajo, que ya por ser menos frecuentado, ya por considerarlo en cierto modo un atajo en su camino, lo habia elegido para regresar á su celda, oyó en el interior de uno de los recónditos aposentos que habia en aquel sitio, cuya puerta habia creido él constantemente condenada, un rumor parecido al que produce el choque de unos pedazos de madera arrojados sobre una tabla.

La tentacion fué entonces irresistible : la curiosidad venció al temor ; Fr. Anselmo detuvo sus pasos, aplicó primero el oído y despues la vista al ojo de la llave y á la luz de algunas lámparas que estaban colocadas sobre algunas mesitas que habia en el interior de la sala, vió sentados, no solo á los padres á quienes habia ido á consultar, sino tambien á muchos otros que eran reputados como los mas distinguidos y principales miembros de la comunidad. Al principio apenas se atrevió á dar crédito á lo que se pintaba en sus ojos ; pero cuando una y otra vez vió correr los dados sobre los tableros, cruzarse las cartas sobre el tapete, cambiarse las fichas de los cartones y volar la aguja de la rolina, ya no dudó ni quiso ver mas ; su seguridad personal se lo aconsejaba tambien así, y esta vez redobló sus pasos para ir á esconderse en su celda.

Estaba de Dios, sin embargo, que no habia de llegar sin presenciarse un espectáculo muy diverso del que acababa de ver ; antítesis moral, por decirlo así, muy frecuente en todos los conventos, donde al lado del vicio acostumbraba tambien brillar la mas acrisolada virtud. Habia en la parte descubierta del claustro bajo un jardin, ó mas bien que jardin un trozo de terreno inculto cubierto de zarzales y en el centro de él se levantaba sobre una tosca base formada de dos ó tres escalones, una gran cruz de piedra de forma gótica. La noche, como llevamos dicho, era oscurísima, y sobre ser oscura, era glacial. Al llegar Fr. Anselmo muy cerca de aquel sitio, oyó junto á sí un fiero ronquido que le hizo detener un momento sus pasos y volver apresuradamente la cabeza ; pero al instante hubo de tranquilizarse viendo que se ponía delante de sí, en ademán de defenderle, el perro mensajero que habia olvidado creyéndole ocupado en limpiar su celda, pero que no le habia abandonado durante su correría nocturna por el convento. El lego no tardó en conocer el objeto de sus temores. Abrazado con la cruz de piedra, con el cuerpo medio desnudo, macerado por el silicio y los azotes, se hallaba un buen religioso franciscano, que víctima de las maldades de los

hombres, y tambien de sus pasiones, habia renunciado al mundo y sus vanas pompas para refugiarse en la soledad del claustro y en el amor esclusivo de Dios. Aquel hombre, que en tiempos de menos fé, tal vez hubiese apelado al suicidio, mereciendo el anatema de Dios y de los hombres, se habia reconciliado con Dios y con el mundo por medio de la penitencia y el arrepentimiento. Como su vocacion era sincera y su dolor profundo, nada podia con él la corrupcion. Él oraba y lloraba, cuando muchos otros de sus compañeros reian y jugaban.

Fr. Anselmo procuró no turbar la paz de aquel santo varon y tranquilizando al perro, logró volver á entrar en su celda, sin que por nadie hubiese sido notada su ausencia. Todavía los otros dos legos estaban sumidos en profundo sueño, y resuelto á obrar por sí y ante sí, volvió á coger la pluma y escribió no sin alguna dificultad las siguientes palabras.

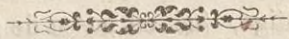
«Aceptamos vuestra revelacion, supuesto que debe redundar en bien de Dios y de la patria, y para daros desde luego una muestra de nuestro agradecimiento, acompaña á esta contestacion el principio de la recompensa que apeteceis. Confiad con nuestro sigilo y venid vos mismo á veros con

FR. ANSELMO.»

Ya terminada esta contestacion que escribió el lego con mano trémula y mucha fatiga, fué en busca de sus alforjas y del fondo de ellas donde habia un oculto pliegue que hacia las veces de bolsa, sacó otra bolsita de cuero y de ella estrajo una moneda de oro, que antes de depositar en la cajita que debia llevar el perro, miró con cariño varias veces. En fin, haciendo un visible esfuerzo desprendióse de ella, envolvióla con el papel en el que estaba escrita la contestacion, colocó la cajita en el collar del perro, acaricióle amorosamente y fué á abrir la puerta de la celda para acompañar á *Quien* hasta la portería; pero el astuto perro apenas se vió libre echó á correr apresuradamente perdiéndose de vista en un instante.

Fr. Anselmo pensando en las transformaciones del demonio y de los frailes y en las singulares escenas de aquella noche, cerró, santiguándose, la portería, y luego fué á recogerse dominado por estrañas ideas y fraguando en su imaginacion atrevidos planes. Por fin el sueño le venció; pero antes de que se cerrasen enteramente sus párpados, arrojando un profundo suspiro, dijo con resignacion:

—Es cierto que el desconocido anónimo me ha hecho vaciar las alforjas, y estraer su mas apreciable contenido, pero ¿quién sabe si las volveré á llenar hasta rebosar? Bueno es sembrar para recojer.



V.

Los frailes pintados por si mismos.

Pocos dias despues de haber tenido lugar los hechos referidos en el capítulo anterior, en retirada y humilde estancia de una casa de mas humilde apariencia todavía, se hallaban sentadas dos personas amigas, pero tan cerca una de otra y hablando en voz tan baja, que aunque estaban solas y la puerta cerrada por de dentro, parecia abrigaban ambos el temor de ser oidos.

Una de aquellas dos personas era Hierro, el ciego, que ya conoce el lector, la otra era un afiliado adjunto ó jesuita de hábito corto, emisario secreto de la Compañía.

Para que se pueda apreciar debidamente el carácter y tendencias de este nuevo personaje, preciso es que digamos algo acerca el vasto cuerpo llamado Sociedad religiosa de Jesus, cuya cabeza está en Roma y cuyos extremos se estienden por todo el mundo.

La compañía de Jesus se divide en seis clases ó categorías: los profesos, los coadyutores espirituales; los coadyutores temporales ó hermanos legos; los escolares aprobados; los novicios y finalmente los afiliados adjuntos ó jesuitas de hábito corto. Esta

última clase es numerosa é infinita. El afiliado pertenece á todos los estados de la sociedad, toma todos sus caracteres y obra segun sus costumbres: así es que se sienta en los parlamentos, desenvaina su espada en las batallas, es huésped habitual de los palacios de los reyes y príncipes, es consultado por el Papa en el Vaticano, y estando en todas partes, á todos dá la mano, se sienta á todas las mesas, conoce el carácter, inclinaciones y secretos de los demás, hace el suyo impenetrable para otros y por último, si tal es su deseo ó su interés, llega á ser el amigo íntimo de quien se propone serlo, su pariente y hasta si se quiere hermano. Para él no existen imposibles, ni vallas, ni muros, ni puertas; domina como soberano todos los seres y objetos de la creacion. El afiliado no tiene voluntad propia; obra como autómeta, pero como un autómeta inteligente. Consume sus dias y sus años si es necesario, en el logro de un objeto de que no ha de gozar, porque al entrar en la órden renunció al siglo, á la posesion y á la esperanza de los bienes temporales. Se humilla, si se lo mandan, hasta confundirse con el ser mas abyecto, porque juró mendigar, si preciso fuera, un pan de puerta en puerta. Para él no existen patria, hogar ni familia. Está dispuesto á vivir en cualquier pais del mundo y con cualquier cargo que se le confie, ó donde los superiores juzguen que puede ser mas útil. Su abnegacion llega hasta el estremo de borrar su voluntad y su amor propio. Sin esperanza ni deseo personal de ninguna clase, obedece decididamente á sus superiores, que desempeñan para con él el puesto de Dios, y finalmente, cualesquiera que sean su clase, edad, estado ó categoría social, el afiliado jesuita como las cinco clases restantes en que se halla subdividida la compañía, debe sufrir y sufre con resignacion heróica los oprobios, las penalidades, los testimonios falsos, los denuestos, injurias, sarcasmos, golpes, heridas, insultos, atropellos y tormentos sin haber dado para ello motivo y sí solo por obediencia y fé al superior y á la compañía.

Un hombre semejante es irrisistible; el mundo es suyo. ¿Qué

atleta dobla con sus propias fuerzas una corpulenta barra de hierro? ¿Qué mano de gigante empuja un monte de granito? ¿Qué voz penetró en el insondable vacío? El jesuita solo puede ser vencido por el mismo jesuita, como el diamante que solo el diamante puede obrar en él. Abrid sino el libro de sus «Constituciones» y vereis que al escribirlo el mendicante de Manresa, hubo de soñar sin duda en la conquista del universo. Y lo logró. El universo vencido dijérase que pasó bajo aquellas horcas caudinas.

Hubo un dia sin embargo que el universo se avergonzó, ó mejor los reyes temblaron ante el poder inmenso de los discípulos de Loyola, y los reyes y hasta el mismo papa Clemente XIV, estinguieron y abolieron de sus dominios á los jesuitas. ¡Vano intento! La nave de la Compañía puede zozobrar, pero nunca perecer! Apenas habia transcurrido un tercio de siglo, ya asoma otra vez su cabeza en el norte de Europa. A solicitud del emperador Pablo I de Rusia, Pio VII borró con su breve de restablecimiento, el breve de estincion de su antecesor; y á principios de este siglo, los mismos que segun declaracion pontificia, hacian brotar varias semillas de disensiones y contenciones, no tan solo entre sí, sí que tambien entre otras órdenes regulares, el clero secular, universidades, escuelas públicas, cuerpos literarios y aun hasta con los mismos soberanos; que promovieron discordias, que despreciaron lo dispuesto en el concilio de Trento y lo mandado por los pontífices, que fueron acusados en materias muy graves; que perturbaron mucho la paz y tranquilidad de la cristiandad, cuya doctrina muchos daban por repugnante á la fé católica y á las buenas costumbres; que habian sido condenados por su inmoderada codicia de los bienes temporales; y para decirlo de una vez, que habian conspirado contra todo lo que no les conducia á sus fines de ambicion y dominio universal, llegando á predicar la deposicion de los reyes y el regicidio, estos mismos hombres animados del mismo espíritu, puesto que su constitucion era la misma, como lo es y lo será

mientras existan, volvian á levantar su campo de batalla en Europa y no tardaron en dominarla desde el estrecho de Bering al de Gibraltar.

Lo dijimos ya: ¿quién resiste á los jesuitas? Nadie. Si los papas y los reyes se humillan ante su poder, y son vencidos por sus insinuantes alhagos, aunque los reconozcan enemigos declarados suyos ¿cómo no se ha de humillar ante su omnipotencia el pueblo sobre el que ya pesan tantos dominios? Nuestro buen rey Carlos III, siguiendo el ejemplo de los de Portugal y Francia que en 1759 y en 1762 habian proscrito y echado fuera de sus dominios á los jesuitas, por pragmática sancion en fuerza de ley dada en el Pardo en abril de 1767, los estrañó tambien de sus dominios, ocupó sus temporalidades y prohibió su restablecimiento. Toda vía más: conecedor sin duda de la incansable perseverancia de los jesuitas y de las astutas metamorfosis de que echan mano para lograr sus intentos, en el párrafo décimo de dicha pragmática sancion ordenó que «ninguno de aquellos religiosos españoles profesos entonces existentes, aunque saliese de la órden con licencia formal del Papa y quedase secular ó clérigo ó pasase á otra órden, pudiese volver á estos reinos sin obtener su especial permiso.» ¡Vano intento tambien! ¡Inútil prevencion! El jesuita puede desaparecer ostensiblemente, puede desterrarse á mil leguas de distancia, pueden borrarse hasta las menores huellas de su recuerdo ó de su existencia; el ojo mas perspicaz, la atencion mas esquisita, el oido mas fino, nada verán, nada observarán, nada oirán, y sin embargo el jesuita se hallará en nuestra presencia, sus vestidos rozarán nuestros vestidos, nos dará la mano, nos dirigirá la palabra, comerá con nosotros, será nuestro amigo y confidente. Preciso seria desterrar á los hombres todos para lograr ahuyentar á los hijos de Loyola. Fuerza es repetirlo: el que toma todas las formas, ¿como no burlará al que no tenga poder para hacer desaparecer las formas todas?

Carlos III y su sucesor fueron burlados, como necesariamente

debían serlo por los jesuitas. Salieron de España obligados por la necesidad y se quedaron en España forzados por su deber. Se tomaron las avenidas de sus conventos, procediendo los ejecutores de la real voluntad con mucha presencia de ánimo, sigilo y precaucion; ni uno solo logró evadirse; á una misma hora de la noche se vieron rodeados de un muro de bayonetas; todos fueron conducidos por personas prudentes y escolta de tropa hasta los puertos destinados para el embarco, y el conde de Aranda, ministro del rey, tuvo sin duda la satisfaccion de enseñar al ilustrado monarca, los recibos individuales de los patrones con lista expresiva de todos los jesuitas embarcados, sus nombres, patria y clase. El rey y su ministro, si como es de creer, imaginaron que aquellos religiosos hacian rumbo para los estados pontificios, se equivocaron completamente. Marcharon los que vestian el traje talar, los que estaban uniformados, por decirlo así, pero se quedaron los de traje corto ó afiliados, tanto ó mas temibles que aquellos. La sociedad continuó imperando ocultamente y á la sordina, sin mostrar el cuerpo, con la cautela y celo con que saben hacerlo sus adeptos, y la España los abrigó confiada en su seno hasta el famoso decreto de restablecimiento dado por el nieto de Carlos III en 1815, en que nuevamente los protegió y aclamó Fernando VII.

Los jesuitas pues, existian embozadamente en España en la época en que dá comienzo nuestra historia, contando con numerosos afiliados esparcidos en las principales poblaciones y obrando al impulso y conforme á las órdenes que les eran comunicadas por sus superiores. Los habia en todas las clases de la sociedad y por consiguiente tenian entrada y salida en todas partes. El personaje con quien estaba conversando á *sotto voce* Hierro, se llamaba Branca d'Oria, era natural de Génova, se dedicaba aparentemente al despacho de negocios de menor cuantía y era conocido por los litigantes con el nombre patronímico de «el italiano». Hierro hacia mucho tiempo que habia adquirido relaciones con él, y le servia de secretario en sus usuras y empeños.

Poco á poco el jesuita se habia ido iniciando en el ánimo del desconfiado ciego, y cuando llegó á conocer el caudal que éste habia logrado atesorar, redoblaron sus atenciones y sus muestras de amistad. Por su parte Hierro habia puesto, si bien que paulatinamente, su confianza en el jesuita, de cuyos servicios tenia frecuentemente necesidad, siendo por decirlo así el único hombre que poseia la mayor parte de sus secretos. El aislamiento sin embargo, en que mas tarde Hierro se habia condenado voluntariamente, dominado por el terror de la avaricia, hiciera que sus relaciones fuesen menos frecuentes, y ya Branca d'Oria temia que se le escapase su presa, cuando acudió á él otra vez el ciego, confiándole parte del secreto de los conjurados. El italiano habia sido quien habia escrito el billete que habia recibido el lego franciscano, y al hacerlo se propuso sacar todo el partido posible de aquel importante descubrimiento. Verdad es que Hierro se habia mostrado muy reservado en aquella ocasion, encargándole muy encarecidamente el sigilo, pero Branca d'Oria al prometérselo, abrigaba ideas perversas como se verá muy luego. Semejante proceder pintará mucho mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, la maldad de aquel hombre, hipócrita consumado, que así cambiaba de voz y de semblante como de vestido. Si bien generalmente su acento era meloso y cual correspondia al traje semiclerical que llevaba, los vestia todos y hablaba alto y fuerte como mejor convenia á sus intentos. Su acento recorria hábilmente todos los tonos del diapason; tenia un guardarropas mas provisto que el de un cómico, y su rostro, por su flexibilidad, podia ser considerado como una rareza en el arte plástico. Dijo Ganganelli que las mejores máscaras del mundo son los rostros italianos, y Branca d'Oria era un testimonio elocuente de aquella verdad.

En el momento en que nosotros entramos en su modesta estancia, decia el jesuita al ciego.

—De todos modos vuestro comportamiento es digno de alabanza; denunciar el vicio donde exista, es el deber de todo hombre honrado, y vos lo sois por demás.

—Tal fué mi intento, repuso el ciego, nada mas que denunciar el vicio, y si empleamos la palabra recompensa, fué únicamente para...

Y como Hierro no hallase una palabra á propósito para disimular su codicia, el jesuita le sacó del atolladero diciéndole:

—Pues ya se vé que un acto semejante merece ser recompensado. Yo ignoro, ni tampoco quiero saber, quién sea la persona á quien aludís, pero siendo el hijo de un conde como vos me dijisteis y seguramente persona de nombre y alto influjo social, procurando hacer desaparecer su falta, que no dudo será enorme, se procura el bien de muchos, porque se evita el escándalo y los malos ejemplos.

—En efecto, contestó Hierro procurando ahogar un involuntario suspiro.

—Y estoy cierto que habreis obtenido la merecida recompensa, prosiguió el jesuita clavando su penetrante mirada en el semblante de su interlocutor.

Hierro volvió á suspirar, aunque con menos disimulo, y contestó con triste acento.

—No señor; me han dado una limosna.

—¿Quién es el que ha procedido tan injustamente? exclamó el jesuita aprovechando la ocasion para ir de frente al enemigo.

El ciego titubeó un instante; pero cuando iba á caer en el lazo que le tendiera su falso amigo, retrocedió súbitamente y todavía asustado por el peligro que habia corrido de divulgar parte de su secreto, se aventuró en decir.

—Unas personas amantes de Dios y de la patria.

La pluralidad del cuerpo denunciante derramó un rayo de luz en las vagas y oscuras presunciones de su enemigo oculto.—Con que ya tenemos que no se ha dirigido á una persona en particular, sino á un cuerpo ó comunidad, segun se desprende de sus palabras; dijo para sí; esto es ya un descubrimiento sumamente importante y que es menester tener muy presente. Luego en su despecho, ha proferido la palabra limosna y esta palabra me hace

sospechar que la recompensa haya sido solicitada á algun convento ó cuerpo religioso, porque ¿á quiénes mejor que á los frailes cuadra mejor el dictado de amantes de Dios y de la patria? Yo no digo que ellos lo merezcan, pero es lo cierto que lo han alcanzado, que no siempre la fama acompaña al mérito.

Estas suposiciones avivaron mas y mas los deseos del jesuita, quien con su diabólica astucia resolvió enconar la herida del ciego, ponderándole la ingratitud de las personas á quienes se había dirigido; y ya partiendo de un principio que imaginaba cierto, se empeñó el combate entre los dos hipócritas, esgrimiendo ambos con suma maestría las armas del engaño, del fingimiento y de la reserva. Hierro cada vez mas iba perdiendo terreno; su antagonista cada vez mas le iba estrechando, hasta que por fin el avaro se encontró enteramente acorralado. Branca d'Oria como aquellos gladiadores romanos que despues de haber cubierto de heridas y vencido en la arena del circo á su contrario, con el pié en la garganta y la afilada espada sobre el corazon, antes de dar el último golpe, tomaban una actitud noble y majestuosa y con semblante risueño se gozaban en su triunfo, antes de rematar á Hierro, es decir, antes de arrancarle su última confesion, prosiguió:

—Habeis sido muy poco feliz, amigo mio.

—En efecto.

—Vuestro secreto vale tantos talegos como palabras contiene.

—No tanto que digamos, pero...

—¿Cómo que no! ¿Sabeis la situacion en que se encuentra la España con motivo de la revolucion francesa?

El ciego que se cuidaba mas de atesorar que de investigar noticias políticas, le sorprendió aquella pregunta, así es que entre ignorante y curioso contestó.

—Algo he oido decir, mas como son hechos lejanos, imagino que no pueden llegar á turbar el sosiego que disfrutamos.

—Pues estais en un error. Es sabido que existen sociedades secretas cuyos individuos participan de las ideas atrevidas de los

revolucionarios franceses, que conspiran para destruir el actual órden de cosas y sumir á la nacion en el caos del desórden y de la anarquía.

—Tal vez sea una suposicion que no llegue á realizarse.

—Sois muy cándido, amigo mio; las sociedades existen aunque sus individuos se ocultan muy cuidadosamente, como tambien procuran con no menos celo que no se descubran sus secretos conciliábulo. Además que no hay que negarlo, vos mismo, si he de juzgar por algunas de vuestras palabras, poseeis el secreto, y como, ahora mas que nunca conviene estirpar la mala semilla, este secreto, repito, vale un tesoro.

Como Hierro se quedase pensativo sin contestar, Branca d' Oria que tomó aquel silencio por una afirmacion tácita del objeto de la revelacion, trató entonces de saber de un modo positivo, quiénes habian sido las personas á quienes habia intentado iniciar el ciego, y asañadió:

—Vos, á quien reconozco sobrado talento para hacer buen uso de las cosas, os habeis dirigido á quien pudiera ser útil el secreto, esto no lo dudo; pero en la eleccion no habeis sido feliz, porque como decís, os han pagado con una limosna. ¿Y si os hubiéseis equivocado? ¿Si las personas á cuya puerta habeis llamado despreciasen el aviso ó desconfiasen de él, dudando de vos y del secreto? Ya sabeis que yo siempre he sido obediente á vuestros preceptos, ni he intentado nunca daros consejos; pero en esta ocasion obrais muy mal mostrándoos reservado conmigo.

En vano el ciego habia discurrido un medio para poder conservar su secreto; todos los planes de su fecunda imaginacion se estrellaban ante la incapacidad física. Si él hubiese podido leer siquiera la contestacion de los franciscanos, de seguro que el italiano no hubiera vencido, porque Hierro le habria dictado una contestacion ambigua. Tampoco podia resolverse á encargar la lectura á otra persona, así es que impulsado tanto por las palabras del jesuita, como por sus propios deseos, tuvo al fin que resignarse; pero aun así, solo muy lentamente fué soltando la prenda.

—Decís mal, contestó Hierro, suponiendo que me reservo de vos. ¿Quién sino mi buen amigo sabe todos mis secretos? ¿A quién sino á él me dirijo para todos mis negocios? Me mereceis la mas completa confianza, porque sois reservado y os guia el santo temor de Dios. Vos podriais perderme; pero estoy en la íntima conviccion que antes os perderiais vos mismo que cometer una vileza.

Branca d'Oria tomó la mano del ciego, y estrechándosela con efusion, contestóle con una sonrisa diabólica pero con acento cariñoso.

—Gracias, mi buen amigo, gracias; confiad y nada temais.

Entonces Hierro sacó del fondo de una de sus faltriqueras, la contestacion del lego en la que iba envuelta la moneda de oro y dióselo á leer con mano temblorosa al jesuita. Este tomóla con una avidez que no pudo notar el ciego y devoró en un instante su contenido.

Pronto hubo formado su plan: Hierro iba á ser víctima de su perversidad.

—¡Y bien! exclamó éste en el colmo de la ansiedad.

—Vos lo dijisteis, esas gentes se rien de vuestro secreto; pero compadecidos de vos os dan una limosna. Escuchad, hé aquí lo que os contestan; y á medida que el italiano iba escribiéndolas con suma rapidez, pronunció despacio estas palabras como si las estuviese meditando. — «No os molesteis, quien quiera que seais, en hacernos confidencias reservadas. Cuando seais mas esplicito tal vez podamos aceptar vuestros ofrecimientos.»

El jesuita tomó el papel en que acababa de escribir estas palabras, dióle los mismos dobleces que tenia la contestacion del lego, que arrojó velozmente á un lado de la mesa é hizo ademán de devolvérselo al ciego. El astuto agente, si bien podia haber leído lo que no estaba escrito, prefirió emplear aquel escamoteo, desconfiando de su cliente.

—Ya lo habeis oido, prosiguió, es preciso decirlo todo si que-
reis sacar algun partido.

Esta viva amonestacion y el recuerdo de la moneda de oro hizo dar otro paso á Hierro.

—Lo diremos, contestó, pero temo que si soltamos la prenda, quedemos burlados.

—¡Si tanta es la mala fé de las personas á quienes os habeis dirigido! exclamó el italiano, insistiendo en su propósito de arrancar á Hierro el nombre del convento que habia elegido, porque el simple nombre de Fr. Anselmo que suscribia la contestacion y que habia suprimido á propósito, no le bastaba.

—¿Y creéis vos que puedan abrirla unos religiosos?

—Eso segun y como. Como vos no ignorais, hay órdenes cuyos individuos gozan de mayor ó menor crédito en sus tratos. Dios me libre de la murmuracion; pero yo en vuestro lugar no me hubiese dirigido á los dominicos quienes disponiendo del poder inquisitorial, son temibles bajo muchos conceptos, y so pretexto de defender la fé, saltan por todas las consideraciones humanas.

—Tampoco lo he hecho yo.

—Los cartujos, mínimos y servitas, tienen fama de ser muy avaros, ya porque no tengan talento para atesorar, ya porque lo tengan para guardar. Díz que á estos frailes nunca se les ha visto dar y sí siempre tomar. Vos que conoceis á los hombres, habreis comprendido que no eran estos quienes pudieran recompensaros.

—Efectivamente, lo tuve presente.

—Los gerónimos y lupianos, tanto tienen, que ya nada codician. ¿No lo creéis vos así?

—Me siento inclinado á daros la razon.

—Los agonizantes, benitos, teatinos y mercenarios, son mas bien hombres capaces de derramar á manos llenas las mercedes espirituales que las temporales, y así como quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija, el que muerde el hierro se queda sin dientes.

—Vuestras palabras encierran grandes verdades.

Viendo Branca d'Oría la serie de afirmaciones del ciego y quedando muy reducido el número del largo catálogo de conventos

que restaban por clasificar, y contándose entre estos últimos los de los mendicantes, ya no dudó que los elegidos del avaro serian los capuchinos ó franciscanos. Tentado estuvo de no hacer mencion particular de ellos para no escitar el mal disimulado recelo de aquél, pero no queriendo renunciar de ningun modo á una ocasion tan propicia para obtener una completa certidumbre acerca de las personas elegidas por su interlocutor, añadió bruscamente, cambiando la forma de sus preguntas.

—¿Sabeis cuáles son los frailes en quienes tendria mas confianza en vuestro lugar y para el caso que nos ocupa?

—No puedo adivinarlo.

—Pues he de decíroslo: en los franciscanos ó capuchinos.

—¿Y por qué? repuso Hierro con viva curiosidad.

—Porque siendo los mas pobres, son los que mas necesitan.

—Aplaudo vuestro ingenio.

—Y la necesidad siempre va á caza de merecimientos.

—No discurrís mal, contestó el ciego con satisfaccion, viendo que habia andado acertado en su eleccion;—pero, añadió no olvidando nunca el interés propio, ¿cómo conciliais la pobreza con la recompensa?

—Muy inocente sois amigo mio: ¿ignorais acaso que todo buen negocio halla buenos recursos? ¿Vos mismo no os los habeis procurado superiores á vuestras fuerzas, cuando se ha presentado una buena especulacion? Los franciscanos y capuchinos, convengo en que no guarden sendos talegos, pero si cuentan con ilimitado crédito; y si vuestro secreto vale la pena, como no lo dudo, apelarán al crédito, no permitiendo que lo endoseis á otros. En su poder crecerá el valor de la prenda. La contestacion que os han dado lo prueba evidentemente.

—¿Creeis vos, que puedo fiar en su promesa? preguntó Hierro siempre con la idea fija del interés.

—Sí, supuesto que vuestra eleccion haya sido tan acertada, que os hayais dirigido á los capuchinos ó franciscanos.

—Podeis suponerlo, contestó el avaro á media voz.

—Los últimos son preferibles; me parece que tienen mas buen corazón; tal vez me engañe.

—No, no os engañais; á ellos debí por muchos años el alimento que me sustentó cuando todavía era un infeliz mendigo, sin amparo de ninguna clase; debo tenerles, les tengo gratitud y participo de vuestras ideas; por manera, añadió en un fingido arranque de generosidad que nada debiera exigir de ellos, si no me asustase la idea de poder volver á ser pobre un dia.

Branca d'Oria estaba radiante de contento. Disimuló sin embargo cuanto pudo, y despues de haber aplaudido los bellos sentimientos de su perverso cliente, prosiguió.

—Ahora bien, no titubeeis un momento, confiádselo todo, el que es generoso una vez lo es siempre; quien socorre al pobre ampara al amigo. Dictad, que yo escribiré, no perdamos un tiempo precioso. Además, que importantes asuntos curiales reclaman mi presencia en otro lugar.

Todavía titubeó Hierro algunos instantes; pero seducido por las palabras halagüeñas del italiano, apremiado por la codicia, la necesidad de tomar un partido ó mas bien que todo esto por no quedarle otro recurso, encargó al italiano que escribiera como D. Fernando, hijo del conde de Monforte, era otro de los miembros de una sociedad secreta que conspiraba incesantemente contra la religion y el trono, y que si aquella revelacion obtenia, como se habia ofrecido, la debida recompensa, tal vez pudieran revelarse los nombres de algunos conjurados de tan alta categoría como el hijo del conde.

Branca d'Oria escuchó atentamente y grabó en su memoria las palabras del ciego fingiendo que las escribia, pero haciéndolo realmente con lo que le convenia para llevar á cabo su diabólico plan. Cuando hubo terminado le dijo en tono amistoso.

—Ya sabeis que os tengo dadas repetidas pruebas de mi fiel amistad, y la que me acabais de dar en este momento por vuestra parte, haciéndome una confianza de la que soy indigno, merece que os hable con toda sinceridad y por consiguiente no debo di-

simularos ningun peligro. La revelacion que haceis á los padres franciscanos no debe ocultárseos que es de la mas alta importancia, y es muy justo que obtengais un buen premio ; pero lo que ofreceis lo es tambien tanto ó mas, puesto que se refiere á varias personas, y los frailes no os van á dejar ni á sol ni á sombra, hasta que completeis la revelacion. Mucho he de engañarme, ó vais á veros muy comprometido para poder callar lo que sin duda os reservais como una garantía de su promesa ó un objeto de nuevo don.

—Decís bien ; pero yo he tomado mis medidas para que no me importunen.

—Os digo que os instarán sin cesar.

—No podrán.

—¿Cómo que no?

—Digo y repito que no podrán, replicó Hierro sonriéndose de un modo extraño.

Reflexivo quedó el afiliado durante algunos momentos y no sabiendo como esplicarse aquella porfiada negativa que le ponía en sobresalto, prosiguió :

—Alguien debe ser portador del billete que acabo de escribir, y ya seais vos mismo, ya otra persona, á él se dirigirán todas las preguntas.

—El portador del billete no será interrogado.

—¿Será mudo acaso ?

—Bien pudiera ser, contestó Hierro con intencion ; convengamos en que sea un ser mudo que no hablará.

—No comprendo este misterio..... Entonces, añadió Branca d' Oria cada vez mas sorprendido y deseoso de aclarar aquel enigma, el mudismo del mensajero tal vez despierte algunas sospechas á los frailes y os nieguen la recompensa.

Hierro, guardándose cuidadosamente el billete en la faltriquera, se levantó y tomando la mano del italiano le dijo con resolucion:

—No intentéis saber cómo y cuándo llegará esta contestacion

en poder de los franciscanos. Basta que sepais que el portador sin lengua para hablar ni manos para recibir, no despertará ningún recelo y recibirá la recompensa que me prometo. Si como confío, me contestan por escrito, vos me leereis la contestacion, y entonces tal vez podais saber lo que ahora no me es dado revelar.

Y el ciego salió del aposento del italiano dejándole absorto en profundas meditaciones. Después levantóse diciendo para sí:

—En fin, quédese este bendito con sus misterios que yo no he de soltar las realidades. Y ahora vamos á lo mas urgente, que mucho habrá de agradecerme á mí la compañía.

Y tomando el billete que habia escamoteado á Hierro, se lo puso á leer atentamente. Habia llegado ya á su fin, cuando sonaron á la puerta del aposento tres golpecitos. Levantóse el italiano para ir á abrir y apareció en el umbral un lego franciscano.

—Alabado sea Dios, dijo el religioso, quien mientras examinaba si en el aposento habia alguna persona estraña, añadió:—Una limosna para nuestro padre san Francisco.

—Sí quiero hacerla, contestó el interpelado, haciendo seña de que cerrase la puerta; sí quiero hacerla. Sentaos, amigo mio.

El lego arrojó precipitadamente las alforjas, y como si le faltase tiempo para preguntar dijo en alta voz:

—¿Con que teneis que comunicarme alguna novedad importante?

—Mas bajo, Fr. Anselmo, mas bajo.

—Entonces me alegro de haber subido, pues ha estado en un tris de no hacerlo hoy, y si os dijera el porqué habiais de reiros.

—Quizá.

—Sí, por poco un endiablado perro es causa de que os olvide.

—¿Un perro decís? Entonces un irracional es capaz de hacer os olvidar á vuestro buen amigo.

—No por cierto; pero es el caso que ví á un perro que seguia y acariciaba á un ciego haraposo que acababa de salir de esta calle, y como el tal perro se parezca muy mucho á otro perro misterioso que tiene cierta relacion con el importante asunto que me lleva aquí, de ahí es que estuve tentado de averiguar la verdad para ver si por el hilo se sacaba el ovillo. Pero sin duda habia sido una ilusion de mis sentidos, y aun cuando así fuera me atengo á lo dicho: hágase el milagro aunque lo haga el diablo.

—Fray Anselmo, forzoso es que os diga que no comprendo ni una sola de vuestras palabras, aunque ellas hayan despertado vivamente mi curiosidad. Dispensádmela pues, y permitid que os pregunte ¿qué tiene que ver un perro con nuestro asunto?

—Mas de lo que podeis imaginar; es un ser agente sumamente importante y que sin manos ni lengua da, habla y toma, y no pan que es mas.

Aquellas palabras muy parecidas á las que acababa de profetizar el ciego, aclaraban completamente el secreto que en vano habia intentado arrancarle el afiliado. Ya no quiso saber mas: el resto lo adivinó.

—Bah! Fr. Anselmo, vos os chanceais conmigo ó yo soy muy torpe en descifrar charadas. Vengamos al caso que el tiempo urge, hablemos de personas y de personas de importancia, y dejemos á los perros y vuestras ilusiones si os place.

—Os digo que.....

—Nada, nada, al grano. ¿Qué sabeis?

—Algo, ¿y vos?

—Tambien sé algo, digo mal, sé mucho.

—Nunca he dudado de vuestro celo.

—Ahora sois vos quien decís mal; no es celo, es fortuna.

—Entonces es preciso confesar que sois afortunado.

—Que me place.

—Y á mí tambien.

—Esta vez voy á probaros que soy adivino.

—¿Adivino decís? Si habeis descubierto las intrigas de los

carmelitas, nada habeis adivinado, porque nos [son conocidas. Si la conducta desarreglada del hijo del conde, tampoco es cosa nueva para nosotros.

El afiliado palideció repentinamente, porque imaginó que los franciscanos ya eran poseedores del secreto y su plan quedaba trastornado. Pero hubo de reponerse en seguida al oír de boca del lego las siguientes palabras, que marcó como gozándose en la turbacion de su confidente.

—¿Cómo os admira que sepamos esto? No son tan ocultos para pasarnos desapercibidos los amores secretos de don Fernando con María la hija del lapidario.

—¡Ah! ¿con que no sabeis mas que esto? exclamó Branca d' Oria como un hombre á quien aliviasen de repente de un enorme peso y le regalasen un gran tesoro.

—Esto es lo que por ahora se sabe con entera seguridad. Luego.....

—Y bien ¿qué?

—Luego, añadió el lego con socarronería, es probable que se sepan cosas mucho mas importantes, amiguito.

—Tal vez esteis en un error. Vuestras esperanzas quedarán desvanecidas.

—No por cierto, amigo mio. Hay promesas que se cumplen cuando media cierto aliciente, añadió Fr. Anselmo pasando repetidas veces la yema del dedo pulgar sobre la del índice.

—Estas promesas no se cumplirán.

—¿Quien podrá impedirlo?

—¡Los carmelitas!

El lego miró fijamente á Branca d' Oria. El rostro de éste estaba impassible.

—¿Hablais de veras?

—El italiano os dice la verdad. Quizás solo una vez, acaso hoy mismo, el demonio en figura de perro os traerá una contestacion, pero esta contestacion será negativa.

A su vez palideció el lego.

—Entonces vos sabéis....

—Que Fr. Anselmo, el lego franciscano, ha suscrito una promesa.

—Es verdad.

—Que ha recompensado una buena voluntad.

—Tambien es cierto.

—Y que ha dado una cita.

—Que espera se cumplirá y lo sabrá todo, mal que les pese á los carmelitas.

—Esta cita no tendrá efecto.

—Veo que estais mas enterado y mucho me maravillan vuestras palabras; pero todavía confio en que se cumplirán las promesas y se realizarán nuestros deseos.

—¡Vana esperanza! para que os convenzais de que estais en un error y de que todo el hilo de la intriga me es conocido, voy á deciros á poca diferencia el contenido de la contestacion que recibireis.

—Ahora empiezo á creer que sois un adivino, pues no solo os son conocidos los hechos remotos y que consideraba muy reservados, sino tambien los sucesos futuros. De seguro que sois ó un brujo ó un amigo íntimo de los carmelitas.

—Ni lo uno, ni lo otro, Fr. Anselmo. Toda mi magia consiste, y reservad este secreto, no fuese que la Inquisicion me pidiese estrecha cuenta, añadió el italiano como un paréntesis que borrarse algun tanto la sorpresa de su interlocutor escitando su hilaridad, toda mi magia digo, consiste en haberme dado Dios unos buenos ojos para ver y unos finos oidos para escuchar.

—Sois un hombre admirable, dijo el lego dándole una cariñosa palmadita en el hombro: yo tenia formado de vos muy buen concepto, merced á los buenos servicios que nos habeis prestado en varias ocasiones, aclarando, indagando y averiguando vidas y milagros, que para nosotros, legos franciscanos, dispensad el orgullo, eran otros tantos misterios; pero, sea dicho sin ánimo de rebajar el verdadero mérito, no creia que llegase á tanto vues-

tro poder. Por manera que me dejais atónito con lo que acabo de oír de vuestra boca!... Deciais pues, que os es conocido el espíritu de la contestacion que se dará á mi billete?

—Me es conocido y voy á cumplir mi promesa y á satisfacer vuestra curiosidad ahora mismo.

—Decid, decid que todo soy oidos.

—Pronto habré terminado: no parece sino que el que lo escribió llevase mucha prisa. Las pocas palabras que encerrará la contestacion pueden reducirse á estas tres: «Confiad, aguardad y dad.» Es decir, vivid de esperanzas y alimentadnos con realidades.

El taimado lego no se dió todavía por vencido. A pesar de cuanto le acababa de manifestar el italiano, dudaba todavía ó mas bien no podia acostumbrarse á la idea de que habia de naufragar su deseo, precisamente en el momento de ir á verlo cumplido, que cuando los hechos no corresponden á nuestra voluntad ó á nuestras legítimas esperanzas, llegamos hasta el punto de no dar fé hasta á nuestros propios sentidos. Así es que contestó al afiliado.

—Por la verdad de lo pasado, colijo que podeis conocer lo futuro. Pero ¡los juicios de los hombres son tan varios! Lo que ha de suceder mañana, aunque de antemano se haya acordado, está sujeto á tantas contingencias! No merecis que os haga el agravio de dudar de vuestras palabras, mas permitid que vengan los hechos á confirmarlas.

—Sea enhorabuena, me someto á la prueba; todavía mas, la deseo.

—Pues bien en llegando este caso y ya perdida toda esperanza por nuestra parte, ¿estará perdida también para vos?

—Creo que no; pero considerad que un instante perdido no se recobra jamás.

—Mis maestros me han enseñado á tener diligencia.

—Que el hombre antes de proferir una palabra es dueño de ella y que una vez soltada es su esclavo.

—Lo sé y lo comprendo perfectamente.

—Ahora id con Dios y no dudeis que los carmelitas son muy perseverantes en sus propósitos.

—Y vos recordad que los franciscanos son tan incansables como buenos amigos de sus amigos.

Aquellos dos hombres se separaron muy satisfechos el uno del otro; ambos se necesitaban y se auxiliaban admirablemente; eran dos poderosas fuerzas motrices sin las cuales indudablemente hubiese quedado inmóvil la máquina de una grande intriga. Los dos, aunque por distinto rumbo y diversas intenciones, debían elevarla mas allá de su potencia.

En los tres dias siguientes ambos adalides no estuvieron ociosos. Branca d'Oria, no habiendo olvidado el nombre de una jóven que inadvertidamente habia proferido el lego, habia puesto en movimiento sus agentes, y habia sido tan feliz que en el segundo dia habia descubierto su paradero. Tambien en aquellos dias habia recibido una nueva visita de Hierro portador de la contestacion de los franciscanos ó mejor del lego Fr. Anselmo. Como la vez primera, el italiano verificó con una habilidad y finura que hubiese hecho honor al mas diestro jugador de manos, el cambio consabido, y como esta vez el billete hacia mencion de acompañar una recompensa, temeroso de que aquel aliciente como lo habia llamado el lego, no fuese un incentivo para Hierro haciendo interminable aquella correspondencia singular, al leer el billete de contestacion ó mejor fingiendo leerlo, dijo:

—Esta vez el fraile que escribió esta carta ó le temblaba el pulso ó estaba enojado, porque las palabras que están escritas en este papel si bien pocas, son casi ininteligibles. Mas que caracteres son garabatos. En fin veamos si podemos descifrarlo.

El italiano empleó aquella astucia para ir escribiendo las siguientes palabras á medida que iba pronunciándolas.

«La persona á quien os habeis dirigido, sabe cuanto vos pudierais decirle acerca de la vida privada de D. Fernando. No os

molesteis pues mas y recibid por última vez la recompensa que exijiais.»

—Con que tambien ha habido recompensa! añadió el afiliado con tono de sorpresa. Lástima que se haya roto el filon de la mina. No nos engañamos; estos buenos religiosos son agradecidos; pero en contra saben mas de lo que nosotros quisiéramos, es decir, de lo que á vos os convendria. En fin vale mas algo que nada. Preciso es, amigo mio, ingeniarse ahora por otro lado, que á vos no os han de faltar recursos. Vuestra imaginacion es fecunda y no soltais la presa tan fácilmente.

Permaneció Hierro silencioso algunos instantes, absorto al parecer en un pensamiento que no hubo sin embargo de divulgar en aquel momento al jesuita, por mas que éste trató de averiguarlo. Hierro se limitó á decirle que necesitaba reflexionar en su ulterior conducta y Branca d'Oria quedó en cierto modo tranquilo al prometerle el ciego que le haria partícipe de su resolucion una vez tomada.

Mientras estos hechos tenian lugar, conforme hemos dicho, Fr. Anselmo que por el mismo conducto habia recibido la segunda misiva del avaro, hubo de quedar muy sorprendido al ver que su contenido podia reducirse á las tres palabras de «confianza, espera y dádiva» que le habia pronosticado el italiano. Ya habia hecho partícipe de la primera epístola al padre guardian y éste le habia dado amplios poderes para obrar á tenor de las circunstancias, ponderándole, si bien que con toda reserva, cuanto importaba á los intereses del convento ser posesor de aquel secreto; por manera que al recibir la segunda carta, aunque burlado en sus esperanzas como el náufrago que se coge á la última tabla que le resta, se acogió él á la «confianza» ofrecida, y creyendo que el interés real y el ofrecimiento de nueva dádiva podrian vencer la parsimonia del delator, prometió gran recompensa y en vez de una puso dos monedas de oro.

Ya arrojado aquel anzuelo y habiendo transcurrido tres dias sin volver á aparecer el perro, por mas que procuraba que la por-

tería y puerta de la celda quedasen abiertas hasta muy entrada la noche, empezó á renacer la desconfianza, y á pesar de que le repugnaba á su amor propio declararse vencido, el interés que de una parte le habia manifestado el guardian y de otra el conocimiento que en el negocio tenia el curial, le hicieron tomar la resolución de volver á verse con él.

—Ya esperaba vuestra visita le dijo Branca d'Oria al verle entrar.

—Sabiais que debia venir.

—Como sabia el contenido de la contestacion que habeis recibido.

—En efecto nos dan esperanzas.

—Y vos dais recompensas.

—Para que las esperanzas se truequen en realidades.

—Pues ahora no tendreis una cosa ni otra. El perro ó el demonio, como vos le llamais, se ha vuelto al infierno; vuestro hábito le ha asustado.

—En efecto hace tres dias que lo aguardo en vano.

—Lástima que perdais un tiempo precioso.

—¿Qué debo hacer pues?

—Obedecerme.

—Mandad que estoy dispuesto á todo. Soy embajador con plenos poderes.

—Esto me gusta; tratar de potencia á potencia.

—¿Sois vos acaso el poseedor del secreto?

—Sí y no.

—No os comprendo.

—Seré explícito, oid. Si vos me dais lo que os pediré, lo sabré todo y por consiguiente tambien vos; si no me lo dais, solamente sabré que podia saberlo.

—Considerad, si sois demasiado exigente, que nuestro convento es de mendicantes, esto es, de religiosos que viven de limosna y que...

—No empecéis por hacer el pobre ni regatear, que no he de pedir os dinero.

THE HISTORY OF THE

The history of the world is a long and varied one, and it is not possible to give a full account of it in a single volume. The history of the world is a long and varied one, and it is not possible to give a full account of it in a single volume. The history of the world is a long and varied one, and it is not possible to give a full account of it in a single volume.

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y roclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA

IMPRESA DEL SIGLO XIX.

A cargo de *D. I. L. Bernagosi*.

Rambla del Centro, n. 29.

1856.